

SAN ESTANISLAO, OBISPO Y MÁRTIR

Día 11 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

Nació San Estanislao en Sezepanow, diócesis de Cracovia, en el día 26 de Julio del año de 1030, y fueron sus padres Wielislao y Bofia, ambos de casas ilustrísimas en el reino de Polonia. Siendo tan distinguidos estos señores por la nobleza de su sangre, aun lo eran mucho más por la de sus virtudes; constituyéronse padres de los pobres, hallando en ellos las viudas, los huérfanos y los necesitados socorro, amparo y protección. En fin, no había cosa más ejemplar ni más cristiana. Por la particular devoción que profesaban á Santa María Magdalena edificaron á la Santa en una de sus tierras un suntuoso templo, en el que pasaban la mayor parte del día en oración. Ya habían perdido la esperanza de tener hijos, cuando, después de treinta años de casados, tuvieron á Estanislao. Su gozo fue el que se deja considerar, y creció sensiblemente cuando observaron en el niño una como inclinación innata á la virtud.

Esmeráronse con el mayor cuidado en criarle en el temor santo de Dios; pero nada tuvieron que hacer en la educación de Estanislao, pues todo su entretenimiento y todo su gusto era la oración. Pasaba horas enteras de rodillas delante de los altares, y esto en una edad en que, para hacer que otros niños se estén en la iglesia, es menester divertirlos y engañarlos. Sobre todo, su tierna devoción á la Santísima Virgen fue tan sobresaliente, que casi se echó de ver en él desde la cuna, y la conservó toda la vida. Apenas tenía Estanislao ocho ó nueve años,

y ya su virtud era la admiración de todos; su ingenuidad, su docilidad y su modestia eran claros indicios de su inocencia.

Alegrísimos los padres de Estanislao al ver tan bien logrados los desvelos con que habían atendido á su educación, le enviaron á estudiar á Gnesnes, y después á París. Después de haber residido siete años en París, se restituyó á Polonia, donde se halló había heredado una rica sucesión por muerte de sus padres. Deseando no pensar en otra cosa que en su eterna salvación, distribuyó todos sus grandes bienes entre los pobres. Deliberó mucho tiempo si entraría en alguna religión; pero conociendo Lamberto, obispo de Cracovia, de cuánto ejemplo y de cuánta utilidad sería á todo el clero la virtud de Estanislao, le persuadió á que abrazase el estado eclesiástico, le ordenó de todas las órdenes y proveyó en él una prebenda de aquella iglesia.

No hartándose el obispo Lamberto de dar gracias á Dios por la acertada elección que había hecho de tan insigne operario, comenzó desde luego á mirarle ya como á sucesor suyo en el obispado, y aun le instó á que aceptase la renuncia que pensaba hacer de él en su favor; pero se sobresaltó tanto su humildad, que lo más que pudo conseguir de Estanislao fue descargar en él el cuidado de la predicación, y también el de la mayor parte de la administración del obispado.

Pero esto no duró mucho; porque, vacando la Silla episcopal por muerte de Lamberto, así el clero como el pueblo pidieron unánimemente por obispo á Estanislao. Todo fue menester, y nada menos bastaría para vencer su humildad. Luego que se vio pastor de los que tanto había edificado, se constituyó padre de todos. No se contentaba con visitar cada año todas las parroquias del obispado; descendía á lo más menudo de las

necesidades espirituales y corporales de todas sus ovejas, proveyendo á todas con tanta caridad, que era voz común que las rentas del obispado de Cracovia no eran del obispo, sino de los pobres.

Pero, sobre todo, su vigilancia y su atención particular era sobre los clérigos, especialmente sobre los sacerdotes. No le parecía bastante que su vida no fuese escandalosa; quería que fuese ejemplar, y que correspondiese en todo á la santidad del estado. Ganaba á todos con su dulce trato, y su apacibilidad desarmaba á los más obstinados.

Reinaba entonces en Polonia Boleslao II, cuya desordenada vida lloraban los buenos y escandalizaba á todo el reino. No había prelado que se atreviese á representarle el borrón que echaba á la gloria de su nombre y el peligro á que exponía la salvación de su alma; sólo Estanislao tuvo valor para hacerle una representación, llena del mayor respeto, suplicándole que considerase el grande escándalo que daba á los señores de la corte y á todo el pueblo.

Aunque irritó al Rey la libertad con que le habló, reprimió por entonces su indignación, contenida del respeto á la eminente virtud del santo obispo, y aun fingió rendirse á sus saludables consejos. Pero, apenas le perdió de vista, cuando, encendida de nuevo la cólera, se quejó, en presencia de sus cortesanos, de la libertad atrevida del obispo, y creció su resentimiento al paso que iban creciendo sus desórdenes. Poco tiempo después arrebató el Rey por fuerza, de la casa y del poder de su marido, á una de las más virtuosas señoras del Palatinado de Sirad, llamada Cristina. Este ruidoso atentado irritó á la nobleza y excitó la indignación de todo el clero; pero ni el arzobispo de Gnesnes, aunque primado, ni los prelados que se hallaron en la corte,

osaron hablar palabra al Rey, por no experimentar los efectos de su cólera. Sólo Estanislao tuvo espíritu para decir al Rey, con todo el respeto y con toda la veneración debida á la majestad, que no le era lícito tener la mujer de otro.

Furiosamente irritado Boleslao, le volvió las espaldas con enojo y con desprecio, resolviendo en su corazón vengarse del obispo de Cracovia hasta perderle. Pero como la ejemplar vida de Estanislao y su notoria virtud, universalmente reconocida de todos, no podían ofrecer motivo verdadero para hacerle causa, se tomó el partido de recurrir á la calumnia.

Había comprado Estanislao á un caballero llamado Pedro el territorio de Piotravín, en el Palatinado de Lublin, pagándole el precio en presencia de testigos; hábale unido á su iglesia, y el mismo Rey había infeudado el contrato, por lo que el Santo se hallaba, después de tres años, en pacífica posesión de aquella tierra. El deseo de molestar al obispo encontró modo en este contrato para suscitarle un pleito. Mandó decir el Rey á los herederos de Pedro que, si querían recobrar aquella tierra, no tenían más que citar al obispo en justicia, y ponerle la demanda ante el mismo Rey; los herederos, sobrinos del difunto, citaron al obispo de Cracovia para que compareciese ante el Rey el día de la convocación.

Compareció el Santo, y las partes contrarias demandaron ser reintegradas en la posesión de aquel terreno, alegando haber sido usurpado. Defendióse Estanislao diciendo que la tierra había sido comprada y bien pagada en vida de su legítimo dueño. Negaron el hecho los contrarios; el obispo produjo sus testigos; pero como á éstos los habían amenazado con la muerte si decían la verdad, ninguno se atrevió á deponerla y todos

fueron perjuros. Ya estaba para ser condenado Estanislao, cuando, volviéndose á Dios y lleno de una santa confianza en su protección, dijo al Rey, en presencia de aquella numerosa junta, que, si se le concedía el término de solos tres días, dentro de ellos produciría un testigo á quien todos se verían obligados á creer, porque sería el mismo Pedro, muerto tres años había.

Al oír una proposición tan extraordinaria como asombrosa, todos la admitieron, y el Rey concedió el término de los tres días, que pasó Estanislao en ayunos y oraciones. Llegado el día señalado, celebró el Santo Misa, y vestido de pontifical, seguido de un inmenso pueblo, se enderezó á la sepultura de Pedro, mandóla abrir y se halló el cuerpo convertido en polvo. Hizo el Santo una fervorosa oración á Dios acompañada de muchas lágrimas, y tocando aquel polvo le mandó en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que reviviese, y resucitase para dar testimonio de la verdad. Al punto el polvo se configuró en cuerpo humano, resucitó el muerto y salió de la sepultura. Tomó el Santo de la mano al muerto resucitado y, conduciéndole primero delante del altar mayor para rendir gracias á Dios, le llevó después, acompañado de un increíble gentío, á la presencia del Rey. Asombróse tanto, así el príncipe como todos los de la junta, al ver aquel espectáculo, que ninguno tuvo aliento para decir ni una sola palabra. Entonces, volviéndose al Rey el santo obispo, le dijo: Señor, aquí está el testigo incontestable que os ofrecí presentar; de él podrá saber la verdad Vuestra Majestad si fuere servido.—Sí, señor, continuó el difunto resucitado, es cierto que vendí al obispo Estanislao mi tierra de Piotravin y que me pagó el precio en que nos concertamos, por lo que mis sobrinos no tienen razón para inquietarle en este punto.—Dijo esto con voz tan clara y tan esforzada, que lo oyó todo el concurso, en el

cual se levantó una especie de murmullo que mostró bien la indignación que todos habían concebido por la injusticia que se le hacía al Santo.

A vista de tan gran prodigio se suspendió por algún tiempo la cólera del Rey contra el Obispo; pero no duró mucho la bonanza. Gemían todos los Estados del reino bajo la intolerable tiranía del príncipe más disoluto que se había visto en el trono, y, no hallándose siquiera uno que se atreviese á hacerle una humilde representación, se recurrió al generoso Estanislao, que tercera vez fue á representarle cuánto debía temer la indignación de Dios, justamente irritado contra tantos delitos como había cometido. Hízolo con tanto respeto y con tantas lágrimas, que Boleslao se mostró algo enternecido; pero, como el Santo le estrechase á que se convirtiese, no quiso darle oídos y se entregó más que nunca al abismo de sus desórdenes.

Gemía Estanislao día y noche en la presencia de Dios, no cesando de pedir la conversión del Rey, y añadiendo nuevas penitencias á sus oraciones y á sus lágrimas. Pero viendo que nada aprovechaban estos remedios, juzgó que debía echar mano de la severidad de las censuras; y habiéndole separado de la comunión de los fieles, le interdió la entrada de la iglesia. Enfurecióse Boleslao, y resolvió librarse de una vez del santo obispo. Supo que se había retirado á la capilla de San Miguel, poco distante de la ciudad, y le siguió para poner su intento en ejecución: dijeron al Rey que estaba celebrando el santo sacrificio de la Misa, y mandó á sus guardias que le matasen en el mismo altar. No se sorprendió el Santo á vista de los asesinos, porque había mucho tiempo que se consideraba como víctima destinada al sacrificio; pero los asesinos se atemorizaron tanto á vista del Santo, que, poseídos de respeto, se salieron de la iglesia; lo que visto por el desdichado Rey,

lleno de rabioso furor, él mismo tomó un sable y descargó sobre la cabeza de Estanislao tan terrible golpe, que le tendió muerto sobre el mismo altar en que estaba celebrando, habiendo sucedido esto el día 8 de Mayo del año 1079.

Enfurecido más y más el impío rey con el horrible delito que acababa de cometer, mandó que sacasen de la iglesia el santo cuerpo y que, haciéndole pedazos, los arrojasen en el campo para que sirviesen de presa á las aves de rapiña. Pero tomó Dios de su cuenta la defensa de aquellas sagradas reliquias, porque envió un águila que, haciéndolas centinela día y noche, espantó á todas las bestias carniceras hasta que, juntando los canónigos los esparcidos miembros del santo cuerpo, le enterraron secretamente delante de la iglesia de San Miguel, donde no tardó el Señor en manifestar la gloria del santo obispo.

Llegó á los oídos del papa San Gregorio VII la noticia de este sacrílego parricidio, y al punto fulminó excomunión contra el rey Boleslao y contra todos sus cómplices, dando orden al arzobispo de Gnesnes y á todos los obispos de Polonia para que los desnudasen públicamente y cerrasen todas las iglesias. A los principios mostró el Rey hacer poco caso, y aun burlarse de la excomunión y del entredicho; pero no dejó Dios por largo tiempo sin castigo este desprecio. Vióse aquel desventurado príncipe objeto infeliz del odio y de la execración de todos sus pueblos; acometiéronle á un tiempo todas las desgracias; perdió en menos de seis meses cuantas conquistas había hecho á sus enemigos; encendióse la guerra civil, y, trastornadas después las estaciones del año, acabaron de arruinar á todo el reino.

Pero ninguna de estas desgracias le causaba tanto dolor y tanta rabia como la noticia de las maravillas que

cada día obraba Dios en el sepulcro del Santo. Quiso informarse por sí mismo de si era verdad que por la noche se iluminaba el sepulcro con una claridad milagrosa. Y habiendo subido al castillo de Cracovia, luego que descubrió aquella claridad, quedó tan poseído del pasmo, que casi perdió el juicio. La inquietud y turbación de su conciencia crecían al paso de las desgracias; y dejando á Polonia se refugió en el reino de Hungría, á la protección del rey Ladislao; pero, siguiéndole en todas partes la justicia de Dios, acabó de perder el juicio, y errante por los campos y por los bosques murió miserablemente, siendo las fieras sepultura de su cuerpo.

Duraron las milagrosas luces sobre la de nuestro Santo por espacio de diez años, esto es, hasta que su cuerpo fue trasladado con grande solemnidad á la catedral de Cracovia y colocado en un magnífico sepulcro, donde le honró Dios con tanto número de milagros, que hicieron su nombre célebre en todo el universo y obligaron á la Silla Apostólica á declararle por insigne mártir, canonizándole Inocencio IV en el siglo XIII.

SANTOS SIXTO Y EOVALDO, MÁRTIRES

En la sangrienta persecución que suscitaron contra la Iglesia, en principios del siglo iv, los emperadores Diocleciano y Maximiano, es bien sabido que nombraron estos supersticiosos príncipes por gobernador de la provincia de Tarragona á Daciano, con el impío designio de extinguir, si pudiese, el nombre y la religión de Jesucristo. Sacrificó este bárbaro, uno de los más inhumanos que conocieron los siglos, al furor de su saña innumerables víctimas de fieles mártires, cuyas reliquias ocultaron los cristianos con la cautela y con el silencio que exigía la situación y estado de aquellos lamentables tiempos; por cuyo motivo permanecieron ocultas é

incógnitas, hasta que el Señor se dignó manifestarlas. De esta clase fueron las de San Sixto y las de San Eovaldo, llamado San Hou en idioma catalán, uno de los muchos mártires que derramaron su sangre en la citada persecución, no por otra causa que la de haberse negado con valerosa constancia á prestar sacrificio y adoración á los dioses romanos, que veneraba por tales la ciega obstinación de los gentiles.

Las venerables reliquias de estos ilustres mártires estuvieron ocultas muchos años, hasta que por un prodigio maravilloso quiso el Señor demostrarlas. Vivía en Salrá, pueblo del obispado de Gerona, un labrador de conocida virtud, á quien en sueños dijo un ángel: *Ve, siervo de Dios, á la viña que tienes en Valtorta, cerca de la iglesia de la bienaventurada Santa Tecla, virgen y mártir, y allí encontrarás dos cuerpos de santos que padecieron martirio por defensa de la fe, los que ocultaron los cristianos por temor de la tiranía de Daciano.* Despertó el labrador, todo asustado; pero, no despreciando el aviso del Cielo, fue á la viña en la siguiente noche, y vio sobre un montón de espinos que estaban en la misma heredad un globo de luz tan resplandeciente, que alumbraba con su claridad todos los campos inmediatos. Quiso observar si se repetía igual prodigio, para más certificarse; y habiendo observado segunda y tercera vez, no le quedó duda que en aquel sitio estaba el insinuado tesoro. Quemó las malezas, y, cavando, encontró dos arcas de madera, trabajadas con tal artificio, que apenas se hallaba en ellas cisura alguna.

Refirió el labrador todo lo ocurrido á un sacerdote de la iglesia de Salrá, y, habiendo éste dado parte de todo al señor obispo de Gerona, pasó aquel ilustrísimo prelado, con su clero y mucha parte del pueblo, al reconocimiento de aquellos depósitos. Mandó á todos los

circunstantes que se pusiesen en oración, para que el Señor se dignase manifestar de quiénes eran las santas reliquias contenidas en aquellas cajas; y, abriéndose por sí mismas las dos arcas, luego que demostraron ser las de San Sixto y San Eovaldo, se cerraron con el mismo prodigio.

Quiso el reverendo obispo llevarlas á Gerona para enriquecer su iglesia con alhajas tan preciosas; pero, al llegar á un arroyo donde finaliza el término de la parroquia de Salrá, se quedaron inmóviles los conductores. Conoció entonces claramente el prelado que era voluntad de Dios permaneciesen en la misma parroquia, donde hizo construir dos magníficos altares para colocarlas; y, ejecutado así, son veneradas en ellos por todos los pueblos circunvecinos, á quienes concede Dios muchos favores por la intercesión de los dos Santos.

La Misa es en honra de San Estanislao, y la oración la siguiente:

i Oh Dios, por cuya honra murió el glorioso pontífice Estanislao á violencia de las espadas de los impíos! Suplicamos te nos concedas que todos los que imploran su amparo consigan el saludable efecto de su petición. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría , y la misma del día 1.

REFLEXIONES

Insensatos de nosotros, que calificábamos su vida de locura, y su muerte de deshonrosa, iy ahora los vemos allí elevados á la dignidad de los hijos de Dios! Es cierto; las ilusiones alucinan durante la vida, pero su engaño no pasa los límites de la muerte; nuestras preocupaciones

duran lo que duran nuestros días. Pero ¡qué cosa tan triste es no conocer el error hasta que ya se tiene á cuestas la pena!

No todas las ilusiones son del entendimiento; también el corazón, también la voluntad padecen las suyas, y éstas son verdaderas enfermedades, las más incurables; ninguna que no sea voluntaria, y todas siempre molestas, siempre peligrosas. Nunca se equivoca á medias el que se descamina por inclinación.

El amor propio es el manantial más fecundo de las ilusiones del corazón. Nunca se desconfía de ellas, porque siempre son gratas á los sentidos; apenas reinan en el alma, cuando la razón, digámoslo así, pierde su libertad. El entendimiento, el genio, la educación, todo sigue ciegamente la impresión que hacen; todo cede á ella. Ni las pasiones hacen progresos ni causan daños sino á favor de las nieblas que las ilusiones levantan. Hasta los errores del entendimiento no tienen otro principio. Es menester curar el corazón si se quiere cegar el manantial más ordinario de estos errores. Los efectos ordinarios de estas ilusiones son una ambición insaciable, un fondo sin suelo de avaricia, una obstinación invencible en el error, una adhesión tenaz y caprichosa al partido que se sigue, una aversión de por vida, un odio invencible, una hipocresía de profesión, un precipitarse sin remordimiento, y un querer perderse con resolución de jamás arrepentirse. No hay vicio á quien estas ilusiones no lisonjeen; pocos que no pretendan hacer plausibles, y que no adopten. Y aquella artificiosa seguridad con que viven muchas personas, cuya conciencia tiene tantos motivos para estar sobresaltada, no nace de otro principio más natural y más común que de estas ilusiones voluntarias.

El Evangelio es del cap. 15 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos. Yo soy vid verdadera, y mi Padre es el cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en Mí, le quitará, y todo aquel que lleva fruto, le mondará para que lleve más. Vosotros estáis ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en Mí, y Yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros, si no permaneciereis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en Mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán y echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciereis en Mí, y mis palabras se conservaren en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y os será concedido.

MEDITACIÓN

La desdicha de una vida ociosa é inútil.

PUNTO PRIMERO. — Considera el sentido de estas palabras: Todo vástago injerto en Mí, que no llevare fruto, mi Padre le arrancará. No basta que la rama esté unida al tronco, es menester que dé fruto; cuando no le da, se la corta con todas sus hojas, arrojase en el fuego, y arde. Esto es justamente en lo que para una vida ociosa.

Pues ¿qué suerte han de esperar aquellas personas que encanecen en una vida ociosa y regalona, cuyos días vacíos son, por decirlo así, como días de invierno estériles y helados? ¿De qué utilidad puede ser para el Cielo una vida enteramente pagana de aquellas gentes del mundo que ignoran hasta los primeros principios de la religión, ó, si están instruidos en ellos, viven sin practicarlos?

Ciertamente, al ver en qué se ocupa ordinariamente

el día de hoy la mayor parte de la gente del mundo, se pudiera preguntar si bastaba el nombre y la profesión de cristiano para no hacer en todo el día cosa de provecho, ó si la inacción y la inutilidad se reputan por vida cristiana entre los cristianos. ¡Cuántos se hallan tan ociosos que, fastidiados de su misma ociosidad, no encuentran tiempo, ó, por mejor decir, no tienen paciencia para asistir al santo sacrificio de la Misa! En cierta manera se pudiera decir que, en fuerza de querer parecer poco devotos, y aun poco cristianos, dejan de serlo. Concursos de ociosidad, visitas inútiles, partidos de juego, entretenimientos sin sustancia, diversiones frívolas, espectáculos y holgazanería; en esto se pasa toda la vida, por lo menos hasta que un revés de fortuna ó una edad avanzada ya, y, disgustado de todo, condenan á un hombre al retiro; y aun entonces su vida se reduce á una ociosidad enfadosa y haragana, que entra á suceder á la divertida y regalona. Los últimos días de la vida son más inquietos, pero no son menos ociosos. Entonces se hace un hombre ocioso por necesidad, después de haberlo sido por gusto.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que nunca fue vida cristiana la vida de esos hombres que parece viven sólo para divertirse, de esos ociosos de profesión. Una leve tintura de nuestra religión basta para saber cuánto reprueba la ociosidad, y esa vida inútil, holgazana y regalona. Dase el Cielo á los adultos á título de premio; y ¿sería bien que fuese éste el salario de los ociosos? ¡Cuántos y cuántos tendrán por herencia la reprobación eterna!

Hallaránse pocos que no tengan familia de que cuidar, ó á lo menos algún criado, algún dependiente de quien dar estrecha cuenta. Ninguno hay que no tenga muchas obligaciones con que cumplir, el grande negocio de la salvación á que atender, talentos que aprovechar,

días señalados que santificar, y, en fin, una terrible cuenta que dar á Dios de todos los instantes y de todas las acciones de su vida. ¿Compónese bien creer todo esto y vivir como se Vive? Quien está cargado de tantas obligaciones ¿puede decir que nada tiene que hacer? ¿Puede no saber cómo ha de pasar el tiempo? Ni á un solo cristiano es lícito vivir como vive hoy la mayor parte de las personas del mundo.

Siento en mí, Dios mío, toda la fuerza y todo el peso de estas reflexiones. ¡Cuántas horas, cuántos días, cuántos años he perdido! Yo soy aquel estéril sarmiento que, unido á Vos, no ha llevado fruto, y que debiera ser cortado para ser arrojado en el fuego. Muchos motivos tengo para temerlo; pero no tengo menos para confiar en vuestra misericordia, esperándolo todo de ella con el firme propósito que hago de mudar de conducta desde este mismo instante.

JACULATORIAS

Pegada está con el polvo mi pobre alma, oprimida del peso de mis miserias, á vista de la inutilidad ociosa de mi vida; levantadla, Señor, y fortalecedla, según vuestras divinas promesas.—*Ps.* 118.

Concedísteisme, Señor, una vida tan corta y tan medida, iy en medio de eso he perdido tantos días!—*Ps.* 38.

PROPÓSITOS

1. Dice el Sabio (*Proverb.*, 12): « El que ama la ociosidad, ó como lee el Hebreo, el que se arrima á gente ociosa y gusta de tratar con ella, es muy necio. Basta una leve tintura de nuestra religión para confesar que es la mayor y más ridícula de todas las extravagancias creer lo

que creemos, temer lo que tememos, esperar lo que esperamos, y vivir como vivimos. Desengañémonos, la vida delicada y ociosa nunca fue vida cristiana. No hay condición, calidad, estado ni edad que nos dispense en la obligación de trabajar todos los días por nuestra salvación; de no perder un solo día ni una sola hora; de velar, de orar y de combatir; de atesorar buenas obras, y de ponerlas á ganancias para el Cielo. La ley es general. Y ¿qué otra cosa significa la parábola de las vírgenes prudentes y necias, la del arrendatario industrial, la del criado perezoso y tímido, la de la higuera cargada de hojas y sin fruto? El supremo y soberano Juez sólo hace mención de las buenas obras cuando castiga y cuando premia. ¿Eres tú del número de aquella gente ociosa, ó de aquellas mujeres cuya vida se pasa toda en componerse, en divertirse y en estar mano sobre mano? Pues llora tu estado, lamenta tu suerte, porque hay pocas señales más ciertas de reprobación que esa ociosidad y esa vida inútil.

2. Bien puede ser una vida inútil para el Cielo sin ser ociosa. Harto laboriosa es la vida de la mayor parte de los que viven en el mundo; pero ¿qué fruto sacan de sus trabajos y de sus afanes? Rara vez tiene lugar la ociosidad, ó á lo menos poco puede durar en una comunidad religiosa; porque no sufren gente ociosa sus ejercicios. El celo de la salvación de las almas, ya se sabe que destierra la ociosidad; apenas hay cosa más afanada que la vida de los hombres apostólicos. Con todo eso, acuérdate que sucede no pocas veces que cuando esos hombres, en la apariencia tan ricos, se hallan acometidos del sueño de la muerte, no encuentran nada en sus manos. *Muchos me dirán en aquel día, dice Cristo: Señor, ¿pues no profetizamos en vuestro nombre? ¿No lanzamos los demonios? ¿No hicimos milagros? Y yo les responderé claramente: No os conozco: nunquam novi vos* (Matth., 7). ¡Oráculo terrible, que prueba se puede

trabajar mucho en la vida sin adelantar cosa para el Cielo! A fin de evitar esta desgracia, nada hagas por tu propia elección, por genio ó por inclinación natural.